

juramentos y besos nos agradece haber dejado de serlo y á cambio de esa virginidad que le arrancamos, nos promete la fidelidad inacabable, la que no existe; nos promete el hijo, que puede no nacer, y nos da lo que sí sentimos que es nuestro mientras nuestros brazos permanecen cerrados, sus labios ardorosos y secos por el supremo Espasmo...!

Él no se resolvía y prefería esperar indefinidamente. De reconocerse impotente á pesar de su riqueza, continuó su camino, calle arriba, con mucho trabajo, sacudido por la corriente caudalosa del río de carne y hueso, en contra de cuyo curso iba él.

Pudo al fin arribar á los pies de la estatua ecuestre de Carlos IV, y ahí se detuvo á tomar aliento, á divisar melancólicamente cómo el humano río descendía á los toros y á los pelotaris, dos pretextos para distraer su empuje formidable, dos escalones en los que se detendría un rato creyendo en la ventura, para luego salir y bregar,—pobre enfermo sin esperanza de alivio,—en las revueltas olas turbias de nuestro miserable y diario vivir.

Camino del Convento, en más de una ocasión decidió volver grupas y no exponerse á la prueba porque iba á atravesar; hallábase deprimido á un grado, que de antemano declarábase sin fuerzas para arrostrar ni una mirada dubitativa de la superiora. Además, no estimaba respetuoso su proceder, esa especie de reto desvergonzado que lanzaba á la comunidad entera. No sólo la había dejado incompleta, hurtándole arteramente una de sus joyas más preciadas, sino que al delito reunía la burla, el sarcasmo, presentándoseles como un hombre recto, y modelo de padres por añadidura, que va en persona á enterarse de la salud de su vástago. ¿Para qué tal hipocresía? ¿no valdría más asumir la responsabilidad que por sus actos le correspondía, retirarse la careta y que saliera el sol por donde la gana le diese?.... Y en lugar de asirse á estos débiles restos de su honradez que sucumbía, sus miedos teológicos de condenarse y sus miedos carnales de no disfrutar de la monja, lo obligaron á seguir la ruta del Convento, experimentando con la

incesante lucha interna, un placer mayor, de lujurias mentales mezcladas á terrores de infierno.

Llamó con entereza á la puerta, fingiendo que se sonaba la nariz para medio taparse la cara con el pañuelo. Lo reconoció la hermana tornera; se hicieron su reverencia recíproca y muda de ordenanza, y Rafael pasó á sentarse en el locutorio de la derecha. Escasos concurrentes, dos ó tres grupos de niñas en el regazo materno, contando sus cuitas; del interior del Colegio, ruidos más escasos todavía, desmayados, cual si hubiera poquísimas educandas en recreo ó éste se hubiese convertido en silencioso. De pronto, la pobre Nona, siempre mimosa y siempre tierna para con Rafael:

—Mi papacito lindo!..... Pero ¡qué milagro que vienes á visitarme en domingo! ¡qué gusto, te quedas hasta las siete!

Atrás de la Nona, la superiora saludando con su acostumbrada corrección de modales y su impenetrabilidad de abadesa que no puede comprometerse ni en el saludo. Ahora, sin embargo, llevó su deferencia

hasta platicar unos minutos con Rafael, una plática sin sustancia ni miga, simplemente para patentizar al extraño, por si en sus oídos habían parado los rumores del extravío de una religiosa, que éstos eran calumniosos, y que en la santa casa,—á la que no conmueven ni pueden conmover los mundanos errores,—nada de anormal sucedía ni la perturbaba nada en su alta misión de enseñar virtudes, despertar inteligencias y formar corazones virginales. Á medida que Rafael, por particularísimos motivos, más se cercioraba de la comedia representada por la superiora, más se le aquietaban sus temores de un principio; y así fué que esmeró sus atenciones hacia ella, creciéndose en audacia y en aplomo, según que la buena señora prolongaba el palique. Al fin lo cortó, y muy complacida de sus diplomáticos manejos, se despidió de Rafael y entróse en el Claustro con sus pasos menudos, sin ruido. No había acabado de perderse su silueta, cuando ya la Nona hallábase encaramada sobre las rodillas de Rafael, mirándolo hondamente,

con su afecto reconcentrado de huérfana:

—¿Por qué has venido hoy? ¿vas á irte á la hacienda?

—Ya sabes que nunca puedo decir á punto fijo los días en que me voy..... Vine acá, porque deseaba verte y estar contigo ¿no me lo agradeces?

La respuesta de Nona, redújose á una monería, á acurrucársele á su padre encima del pecho y esconder allí la cabeza. Luego, desde ese sitio, le confió su tristeza; el Colegio, para ella, carecía de atractivos á contar de la historia de sor Noeline.

—Pues ¿en qué ha parado eso? ¿no se alivia todavía?— le preguntó Rafael simulando la más completa de las ignorancias.

—Si me prometes no contárselo á nadie, te diré lo que he oído, ¿me lo prometes en serio, como si ya también yo fuera grande?....

Antes de obtener la promesa que Rafael por lo atrojado que se puso no pudo otorgarle en el acto, narró la Nona con sus puntos y comas la interpretación que las alumnas, precoz y atinadamente, daban al asunto. Corría muy válido el rumor de

que sor Noeline no vivía ya en el Colegio sino con un hombre muy malo, que se la había sacado y que á esas horas estaría excomulgado y maldecido por su pecado tan espantoso:

—¿Tú lo crees, papacito? ¿verdad que no? ¿que son mentiras?....

—No, no lo creo,—murmuró Rafael en el colmo del tormento, logrando hablar apenas,—son mentiras y mentiras que tú ni debes oír.... esas cosas, las niñas ni las piensan ni las dicen, porque no suceden nunca....—Y le ganó un mutismo que no consiguió dominar; un arrepentimiento como no lo había experimentado ni al siguiente día del raptó. Aquellas frases en boca de su propia hija, hacíanle el efecto de las trompetas apocalípticas del Juicio Final, les encontraba fúnebre resonancia, de un solo golpe le segaban ansias y deseos. Piedras y paredes, ventanas y rejas, pisos y techos lo veían, ó él creía que lo veían, cual iracundos seres que aunque no hablasen, sentían y pensaban, lo perseguían sin tregua, tenaces é implacables, hasta no

alcanzar su objeto. Maquinalmente, le contestaba á la *Nona, cuyas alegrías del comienzo de la inesperada visita, decaían á causa de la preocupación visible de su padre:

—¿Te has enfadado conmigo? ¿te he hecho algo?

—Sí que me has hecho y mucho, muchísimo, lo que me haces siempre que te tengo cerca de mí, curarme y volverme bueno.... ¿cómo he de enfadarme, boba? Al revés, dime qué quieres que te traiga el jueves; algo que sea caro y que no te haya yo comprado, algo que no tengas y que anheles tener.

—Ay, papacito, entonces traeme un polichinela, ¿ya sabes cómo son los polichinelas?—interrogó la Nona sin recordar su angustia de un momento antes; pasando al mayor regocijo con la brusca transición de los niños,—pues mira, son unos muñecos jorobados de la espalda y de la barriga también, con sombrero montado, muy narigones, con cascabeles y vestidos de rayas amarillas y azules.... ¿á que no los conocías, eh?..... Y oye, el que yo

quiero ha de valer lo menos veinte pesos, no te creas..... figúrate, me dará aquí, en la oreja..... bueno, no tanto (*añadió reflexionando*) pero sí por mi hombro, y figúrate, tiene un violín, y lo toca..... ¿qué tal? ¿no valdrá los veinte pesos?.... Está en la dulcería de Deverdun, en el tercer aparador, yendo de aquí para allá, recargado en un rincón, detrás de unos tambores.

Si Rafael no la carga para despedirse comiéndosela á besos, lo que es ella continúa suministrando datos relativos al polichinela. Salió Rafael del Colegio resuelto á cortar su mal de raíz; aun á separarse de sor Noeline si fuese preciso, para que él y ella cesaran de padecer el martirio que padecían con sólo el principio de su falta. En el trayecto, fué preparando un discurso de circunstancias; le diría á la monja, le diría.....

Nada le dijo al llegar á la casa de Chinto, cuando ella salió á abrirle la vidriera de la salita, y antes con cariño que con gasmoñerías, le tendió la mano; pues así como al despertar de horrenda pesadilla

nos convencemos de que lo soñado no era cierto, de que seguimos siendo los mismos material y moralmente, así Rafael olvidó sus ideas negras, se felicitó de que sor Noeline estuviera siempre en su poder, apartada de todos y de todo, y le cogió su mano, sin soltársela mientras caminaron unos pasos dentro de la habitación; la llevó al sofá, la hizo sentarse y él se sentó á su lado, muy próximos, aspirando su perfume de mujer y excitándose con su dulce pasividad de enamorada, esa su riente actitud de verlo, y dejarle su mano en la suya y de sentarse junto á él.

—Decididamente Noeline, mi vida es Ud!
—le susurró Rafael al oído, cual si alguien los escuchara.

Á la noche, cuando sor Noeline y Rafael se retiraron á sus respectivos dormitorios, hubo una mútua ojeada de inquietud, de significado sólo inteligible para ellos dos; una mirada de esás con que decimos lo que jamás pronunciarán los labios, en la que palpitaban preguntas y respuestas, súplicas y aquiescencias. Se separaron

sombríos y se acostaron sin las precauciones de la noche anterior, la puerta intermedia sin el pestillo y las voluntades titubeantes. ¿Sería esa noche la que esperaban como infalible? ¿vendría mañana, después?..... ¿cuándo sería?... Y este único pensamiento, anidado en el cerebro de cada cual, iba y venía de una habitación á otra, expulsado de aquí y expulsado de allá, en siniestra ronda invisible de murciélago que en las tinieblas vuela á sus anchas..... Sor Noeline, al sentirlo aletear, subíase el embozo de las sábanas, apretaba los ojos y tartamudeaba plegarias truncas..... Al sentirlo, Rafael, arrojaba las ropas de su cama, agitaba en la obscuridad los brazos; en una ocasión, á tientas, sirvióse agua y apuró unos sorbos con el fin de refrescarse la boca..... Así durmieron entrambos, sobresaltados, con miedo á ellos mismos y á sus errabundas tentaciones.

Al día siguiente, una de las modistas más afamadas tomó las medidas de sor Noeline, previo encargo de apresurarse en la entrega del vestido, un vestido al capricho de la

artífice y sujeto á los últimos figurines de la moda. Lo entregó á los tres días, sin contar el del ensayo parcial que pasó inadvertido para Rafael, quien nunca sospechó la soberana transfiguración que había de operarse en sor Noeline con su nuevo ropaje. Perdido el uso de la palabra y exhausto de alientos, se dejó caer Rafael en un sillón, al apareamiento de aquella mujer tentadora y arrogante. Adelantó sus manos en el vacío, como para atajar esa visión que se encaminaba pausadamente á él, de antemano aniquilado junto á tanta belleza, junto á su busto opulento que parecía pugnar por salir del corsé, junto á la curva de sus caderas y la estrechez de su cintura, junto á su conjunto de escultura moderna, creada para perder á los hombres. Sor Noeline, irresistible, seguía avanzando:

—¿ Estaba bien?

—Noeline, por caridad!—imploró Rafael —dígame usted que sí me quiere, que á nadie más que á mí ha de querer!

Sor Noeline, á un paso de Rafael, reía

con victoriosa expresión y con inconfesados ofrecimientos en sus ojos azules.

—Camine usted un poco, Noeline, para que yo me convenza de que usted es usted, de que consiente en que yo la adore. . . .

—le dijo Rafael como rezando.

Y ella echó á andar, por complacerlo, por acabar de embriagarlo, por prolongar esa idolatría del elegido, del Hombre que todas las mujeres esperan en secreto, al que pertenecen desde que con él sueñan y al que se entregan sin vacilación ni pudores, en ciego acatamiento de misteriosa ley supraterrana.

Pero á partir de entonces, la situación se complicó para los amantes que aun no pecaban y que se prometían no pecar. Noche á noche, despedíanse entristecidos de no haber realizado lo que ambicionaban, de no confundirse en un abrazo idolátrico que al fin los premiara. Y día á día, al saludarse con la resistencia que creían haber acumulado durante su sueño intermitente, pretendían mistificarse el uno al otro; ni más ni menos que los asilados en un

mismo lazareto, enfermos del mismo mal sin remedio, que sabiéndose heridos de muerte, se engañan al borde del sepulcro y en el compañero de peste observan los síntomas propios, las propias palideces cadavéricas, los propios dolores ocultos.... ¿quién morirá primero? ¿morirán los dos á la vez?

¡Morir!.... ¿Y por qué nó? ¿no la muerte se apresura á destruir el edificio endeble de nuestra dicha, que hemos construído á fuerza de sacrificios, afanes é ilusiones? ¿No se instala en la puerta y cuando vamos á penetrar al palacio que creemos nuestro, por el que suspiramos desde niños, se nos interpone ella amenazante y airada aunque nunca la hayamos ofendido, y en lugar de permitir nuestra modesta instalación, nos separa de las gentes que amamos y que nos acompañaron en la época de lucha y de esperanza y que ahora nos acompañan también á la morada quimérica? ¿Por qué nos lleva entonces, ella, la implacable que jamás ha llorado por no tener ojos, la que ríe sin parar, con su indolente boca de

hueso, de las repugnancias y terrores que nos inspira su funesto acercamiento?

Cuántos insomnios ocasionaron á Rafael estas ideas! ¿Si muriera sin que Noeline lo amase?

En esos términos no podían seguir, que no podían, por mucho que con la intimidad creciente se aumentara el sinnúmero de pequeñas familiaridades que trae consigo un techo común; por mucho que se miraran sin rubores, que sus manos se buscaran de cuando en cuando; que los músculos de él protestaran con rabia en el silencio de la alcoba solitaria, rebeldes á la espera, y que los brazos de ella, mórbidos y castos, se abrieran instintivamente en la tibieza de su lecho de doncella para dar al enamorado la triunfal bienvenida.

Sin pertenecerse todavía, sufrían ya; su carne no satisfecha los atenaceaba por dentro y, en ocasiones, se contemplaban silenciosos, con algo de odio en la pupila, el odio eterno que reposa en las heces del amor.

Como salvadora medida, discurrió

Rafael apelar á un viaje largo; quizá las distracciones que les procurase éste, los aliviarían á ellos.

Chinto había tenido razón, con el viaje conseguiríanse varias cosas; sobre todo volver á vivir, acabar con ese encierro que los hacía agonizar y desearse más de lo que separadamente se deseaban.

—¿Aprueba usted que nos marchemos, Noeline, que nos vayamos muy lejos, pero mucho, á algún sitio en que nadie nos conozca, donde la pasaremos menos mal mientras se ajustan los diez meses?

Noeline aprobaba cuanto él dispusiese; y melancólicamente, formularon los preparativos de la excursión incierta, una caminata sin descanso, de animales perseguidos que huyen.

—¿Y la Nona?...

Para subsanar el inconveniente de su hija, Rafael contaba con unos parientes, una prima casada y con hijos, que se encargaría de su custodia, á la que escribiría una carta inventando premura por ausentarse de México para atender á una

seria é imprevista complicación en sus negocios.

Les escribió y los otros tardaron en responderle un par de días, presentáronle objeciones, susceptibilidades de parientes pobres que estiman humillante el que de súbito los recuerden, y eso, para encomendarles algo doméstico.

El contratiempo, sirvió para que Rafael, encolerizado, tuviese que visitarlos y que convencerlos, con lo que su preocupación principal vino á menos. Á lo último accedieron, claro, aunque con reticencias y ribetes.

—“Que sea por poco tiempo, te lo suplicamos, pues á nosotros nos sobra y basta con nuestros muchachos, y á Leonorcita no nos sería posible darle todo á lo que tú la has acostumbrado.”

Rafael no quiso que la Nona se enterara; fué á verla otra vez al Colegio, cargado con el famoso polichinela, y sólo le dijo que se iba á la hacienda una semana. Sí pudo observar la Nona, á pesar del júbilo que le proporcionó la posesión de su juguete, que

Rafael la besó diversas veces y todavía de la calle regresó al zaguán del Santo Espíritu donde la Nona lo saludaba y levantaba al polichinela el brazo en que tenía su violín, movíasele á compás y le repetía:

—Diga Ud. adiós á papacito, así, eso es, desde arriba hasta abajo, adiós... adiós...

Para efectuar la compra de baúles y ropa que sor Noeline necesitaba, había que aguardar á que transcurriese el día siguiente, segundo domingo que pasarían en el domicilio prestado por Chinto. Mas ¿qué importaban veinticuatro horas, si al cabo de ellas emprenderían la marcha? Tan les importaba poco, que en su cena de aquella noche se manifestaron ambos muy mejorados de humor. Hasta rieron por dos ó tres tonterías. Rafael, con verbosidad falsa, habló de Europa, enumerando á sor Noeline todas las grandes ciudades que había recorrido en sus anteriores viajes y que diz que conocía á maravilla. Sobre el mantel dibujaba cartas geográficas que nadie, ni él mismo, habría entendido si llegara á verlas litografiadas. Sor Noeline,

seguía con la vista atenta los movimientos de los dedos de Rafael; ahora iban en un tren... aquel era el lago de Como... éste era Fontainebleau... la servilleta arrugada era el San Gotardo... Cuestión de aturdirse únicamente; pues en el fondo, demasiado que preveían la inutilidad de la peregrinación. ¿Qué ciudad en el mundo ni qué clima operaría el prodigio, si su mal lo llevaban adherido á las entrañas; si lo que apeteían,—quererse y ser el uno del otro,—en el más humilde rincón del universo érales dable realizarlo? Á sabiendas de que cometía una engañifa, Rafael persistió en desenvolver su panorama inverosímil, según el cual, á determinada hora y en lugar fijo—Bruselas ó El Pireo—concluirían los diez meses de espera y ellos inaugurarían su período de felicidad, á propósito del que saboreaban de antemano sus deleites inefables...

Nada, que no había forma de que Rafael se interrumpiera. Parecido á esos borrachos que con tal de que los oigan no se cuidan de lo que gastan en embriagar

á sus oyentes, á fin de que éstos asientan y les aplaudan sus desvaríos, Rafael escanciaba y escanciaba á la absorta religiosa un continuo chorrear de planes y programas. Le cansó la atención, cansándose la suya de paso, que no era muy sólida; y lo que había comenzado por pura fantasía acabó por certidumbre arraigada. Tanto los deslumbró la magia de la fábula con que á sí mismos se sugestionaron, que de pronto, advirtieron que estaban de la mano, la que sin duda se habían tomado al desembarcar de uno de los vapores imaginarios en que llevaban navegados, sin salir de la mesa del comedor, los principales mares del globo. Apenados con su descubrimiento, se soltaron, y al igual de chicos sorprendidos en flagrante delito de desobediencia, se dieron las buenas noches, á distancia, cual dos indiferentes.

De buen talante amaneció el domingo; muy frío, con vapor de agua en las vidrieras y huellas de helada, pero con un sol, que convidaba á adoptarlo por único abrigo y á andar por esas calles de Dios bajo sus

amorosos rayos. Partió Rafael temprano, al baño, á la peluquería, y al arreglo de asuntillos de poca monta, precursores de otros más enrevesados, que de arreglar tenía antes de expatriarse. Armado de un ramillete de mustias y friolentas violetas, regresó al ajeno hogar. Todavía obsequió con ellas á sor Noeline, sin alusión de palabra, alargándolo desgarbadamente, y ella, por su parte, también lo recibió callada; mas con innata coquetería femenina, fué y las esparció en el mantel.

De tiempo en tiempo, como si efluvios ignorados los paralizasen, deteníanse en una puerta, junto á una silla, á la mitad del cuarto, y se veían extrañamente, de lleno, con positiva angustia.

—Bah!—pensaban—será la espera que nos atormenta....

Y comieron, comieron con su apetito habitual de personas sanas y en medio de un júbilo inmotivado y morboso.

—Será la proximidad del viaje—volvieron á pensar.

Después de la comida, los llevó al saloncito

el murmullo de la calle, que como el domingo anterior y con motivo de la novillada semanaria y del juego de pelota, rebosaba de gente y movimiento; de irracional alegría de vivir.

Con objeto de no exhibirse, no abrieron los cristales del balcón,—que aunque sor Noeline estaba incognoscible con su vestido á la moda, con sus cabellos rubios que se rizaban y rizaban primorosamente en poderosa obstinación de renacimiento, y con su aspecto todo bastante cambiado en lo general,—no era cuerdo provocar indiscretas curiosidades; si á ella no la reconocían, lo que es á Rafael lo reconocerían cuantos discurrían por la calle á pie ó en coche. Además, para divertirse con el desfile no era preciso abrir; ni los cristales ni las cortinas estorbaban, antes diafanizaban el espectáculo haciéndolo moverse y marchar como más allá de un transparente telón de fondo de algún apoteosis final en obra de aparato.

Repentinamente, invadió á sor Noeline una languidez incomprensible mezclada de

bochornos, encendidas las mejillas, sudorosa la frente y brillante la mirada.

—¿Se siente usted mal, Noeline?—le preguntó Rafael, inclinándose sobre el sofá en que fué á sentarse la religiosa.

—No, al contrario,—repuso ésta,—nunca me he sentido mejor.

Mas al alzar los ojos y encontrarse con los de Rafael que la devoraban, adivinó que el momento supremo, el temido y el anhelado, acercábase tremendo y arrollador, cual se acerca lo inevitable, lo que se efectúa cuando debe efectuarse. De tal suerte, que al sentarse Rafael junto á ella y pasarle el brazo por la cintura, loco de deseos, no se opuso ni gritó ni la amenazaron desmayos. Contagiada por aquel aliento de fuego, por aquel hombre que temblaba á su lado, con su contacto, siendo el que debía mandar por ser el fuerte, con decisión poética y grande de hembra formada y sana, de fruto maduro que en el instante necesario se desprende de la rama para que lo muerdan y despedacen,—pues para eso nació,—así la monja que agonizaba se dejó abrazar, con-

vertida ya en mujer y en mujer enamorada.

—Noeline! Noeline!—le suspiraba Rafael besándole la nuca.

En grandioso arranque, Noeline se desasíó de los brazos que la enardecían.

—¡Ven!!—ordenó levantándose, caminando firme y resuelta en dirección de la alcoba, sin volver el rostro para cerciorarse de que Rafael iba tras ella, segura de ser obedecida por su sexo, su juventud y su belleza.

Lo que acontece siempre en las batallas del amor; trocados los papeles, Noeline mandaba y Rafael, subyugado, obedecía.

En la alcoba ya, Rafael no daba crédito á su vista. Noeline, con lento y enérgico ademán rasgó sus ropas, una á una, desde el vestido á la moda recién estrenado, hasta la camisa que defendía sus hechizos más ocultos y sus atractivos más secretos; inconscientemente orgullosa de encarnar la forma, la belleza eterna de la carne.

En su desnudez absoluta, se irguió triunfante con soberano impudor de diosa antigua!

La monja, metamorfoseada en Mujer, cumplía su misión: quemaba sus alas de virgen vibrando de anticipada gratitud al Hombre.

Rafael, arrodillado á los pies de esa aparición por tanto tiempo anhelada, se abrazó á las sonrosadas rodillas de Noeline y hundió sus labios en sus muslos duros como el mármol y ardientes como lava. . . .

Al experimentar Noeline esa caricia inmensa, múltiple, infinita, no quiso pagarla ni tampoco interrumpirla.

—¡Ámame!—dijo suplicante á Rafael, dilatada la nariz, entreabiertos sus ojos celestemente azules y arqueando su lindísimo cuerpo desnudo,—¡ámame más! . . . ¡ámame mucho!!

Y en la calle, persistía el movimiento, el murmullo de la gente en irracional alegría de vivir.



